

# PUNTO DE VISTA

*ENRIQUE AGUDO*

Las luces del paseo se encendieron creando alguna tenue sombra en la arena de la playa.

Un niño con la cabeza rapada pasó en bicicleta delante de Jeremías.

Cuando se alejaba, giró la cabeza y le mostró la lengua.

Jeremías sintió el irrefrenable impulso de lanzarse hacia él, agarrarlo y tirarle de la bicicleta, pero tras tensarse eligió seguir su camino.

Las baldosas ascendieron en rampa hasta el paseo del puerto, donde las gaviotas habían ido desapareciendo a medida que los pescadores regresaban a sus hogares.

Se apoyó en una barandilla y así permaneció, mirando el horizonte. Abajo, en la orilla, un hombre chapoteaba con el agua hasta los tobillos mientras encendía un cigarro.

Tuvo ganas de saltar abajo y hacerle tragar el maldito cigarro.

Pero prefirió contemplar la caída de la tarde por encima del apacible mar.

El individuo del cigarro se acercó a una bolsa de deporte y de ella extrajo una escopeta con mira telescópica.

Jeremías se agarró con fuerza a la barra que le sujetaba y vio que el individuo tiraba la colilla sobre la arena y la pisaba con la planta de su desnudo pie.

Entonces se giró y apuntó al mar, como si supiera desde un principio hacia donde debía dirigir la mira.

Era un tipo mayor, de unos cincuenta años. Estaba embutido en un bañador violeta, medio calvo y cargado de kilos hasta en las cejas.

Jeremías olvidó la discusión con su mujer y volvió a sacar la petaca del bolsillo. *Al diablo*, pensó.

Bebió un par de tragos y decidió bajar a curiosear cerca de aquel extraño individuo.

Se acercó a él sigilosamente y miró a través de su escopeta en la dirección del cañón, donde sólo se movían las olas.

En la mochila entreabierta había un par de cargadores y un paquete de cigarrillos *Poor air*.

—Disculpe.

El gordo se dio la vuelta con la escopeta alzada, como si supiera que la policía estuviera detrás de él y quisiera tirar el arma.

—No voy a hacer daño a nadie, estoy calibrando la mira. El rifle está descargado, puede comprobarlo.  
—El hombre estaba sudando, aunque era difícil saber cuando había empezado.

—No, no se preocupe. Solo sentía curiosidad, le dejo solo, tranquilo.

Jeremías caminó de nuevo hacia la escalera, pero el hombre, con un tono más calmado, volvió a hablar.

—¿Quiere verlo de cerca? Es un buen rifle.

El tipo se lo extendió y él lo tomó y sopesó sin rechistar.

Le enseñó a llevarlo al hombro y en una de las ocasiones pudo sentir su aliento cerca. Olía a dientes podridos, un olor dulzón, como si llevara la vida alimentándose a base de almendras garrapiñadas.

—Apunte allí, al faro.

Tardó unos instantes en enfocar el faro, y cuando lo hizo, pudo ver al operario en lo alto de la construcción, limpiando los cristales. Vestía un mono azul y llevaba una edición del *Herald*, enrollada en el bolsillo de atrás.

—Esta mira es magnífica.

—Apunte al mar, verá algo más interesante.

—¿Hacia dónde?

El hombre dirigió el rifle que apuntaba Jeremías.

Al principio se veía sólo el agua. Estuvo a punto de apartar el arma y descansar el hombro cuando vio algo que le dejó congelado.

El horizonte, las olas, habían desaparecido, y en su lugar había una lámpara vista desde el suelo. La lámpara de techo era verde con una pantalla blanca. Era la lámpara de su cuarto de baño.

Intentó apartar el rifle, pero el tipo le sujetó un momento la cabeza con ambas manos.

—Espere. Siga mirando. Apriete cuando lo vea oportuno. Es un juego.

Aquello debía ser un sueño o el alcohol se le estaba subiendo a pasos agigantados. De repente una sombra apareció debajo de la lámpara y lo tapó todo. Pudo oír el girar de un grifo y el agua chapotear cerca de él. El ojo que veía el mar, el que no estaba en la mira, no daba crédito a nada de lo que estaba pasando. Su ojo izquierdo parecía estar dentro del agujero del lavabo de su casa, mirando a través de él.

—¿Ve la sombra? Su mujer se está lavando la cara.

Al escuchar aquello volvió a sentir esa rabia repentina que había intentado olvidar tras salir del apartamento.

—Dispare. No se preocupe, el arma está descargada.

Jeremías apretó el gatillo para dar por terminada la pesadilla. El estruendo y la sacudida le obligaron a retirar el ojo de la mira. El tipo obeso le sonrió.

—Bueno, le dije que estaba descargada, pero ya sabe, las carga el diablo.

—¿Qué es lo que he visto?

—¿El qué?

—El lavabo de mi casa; ¿cómo podía estar viéndolo?

—Deme el rifle, por favor. No sé de qué me habla.

Jeremías volvió a observar por la mirilla. Esperó un minuto, dos, pero sólo vio el horizonte. Rendido, le tendió la escopeta a su dueño.

—Usted me ha dicho que disparara, hace un momento. Y también dijo que era mi esposa, o su sombra, quiero decir, sabía que yo estaba contemplando mi cuarto de baño. —Pero a él mismo sus palabras le parecían débiles y le sonaban vacías e incoherentes.

—Váyase, creo que me equivoque al dejarle el arma. Está completamente borracho.

Pero él apenas escuchó esto último. Avanzó hasta el paseo y zigzagueando volvió derecho a su casa.

Mientras la mirilla regresó al infinito y ancho mar. Donde el atardecer descargaba sus tonalidades y las estrellas esperaban su turno.

El tipo obeso, no obstante, no estaba pendiente de la hermosa puesta de sol.

Porque aunque apuntase al mar, su ojo izquierdo veía otra cosa.

Desde el cuenta kilómetros de una bicicleta, veía un rostro azotado por el viento.

Era el rostro de un niño.

Con la cabeza rapada.

**FIN**